

ZECHARIA SITCHIN

EL GÉNESIS REVISADO



Por el autor de las Crónicas de la Tierra

EDICIONES OBELISCO

ZECHARIA SITCHIN

*¿Estará la ciencia moderna
alcanzando los conocimientos
de la antigüedad?*

1

EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo de libros en Internet:
http://www.ediciones_obelisco.com

Colección Crónicas de la Tierra
EL GÉNESIS REVISADO
Zecharia Sitchin

Título original: *Génesis Revisited*

Iª edición: septiembre de 2005

Traducción: *Antonio Cutanda*
Maquetación: *Olga Llop*

Diseño de cubierta: *Marta Rovira*

Sobre una ilustración de: *Rodrigo Lazcano*

(Reservados todos los derechos)

© 1990 by Zecharia Sitchin
(Reservados todos los derechos)

© 2005 by Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados todos los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco S.L.
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3.ª planta 5.ª puerta

08005 Barcelona - España
Tel. (93) 309 85 25 - Fax (93) 309 85 23

Castillo, 540, Tel. y Fax. 541-14-771 43 82
1414 Buenos Aires (Argentina) E-mail:
obelisco@edicionesobelisco.com

Depósito Legal: B-17.351-2005
ISBN: 84-9777-225-3

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyá/Valls S.A. de Capellades
(Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluso el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

*La ciencia y el mito,
¿pueden ser una y la misma cosa?*

- **¿Fue Adán el primer bebé probeta? ¿Y fue Eva la primera beneficiada de una operación de trasplante de órganos?**
- **Sodoma y Gomorra, ¿fueron destruidas por la fisión nuclear?**
 - **¿Existían impresoras de ordenador hace ya 5.000 años?**
- **¿Cómo pudieron las gentes de la antigüedad describir con tanta precisión detalles de nuestro Sistema Solar que sólo *ahora* están siendo revelados por las sondas espaciales?**

Las increíbles respuestas a estas preguntas se encuentran aquí, plenamente documentadas con los últimos hallazgos científicos,

en una importante y fascinante obra del autor de las

CRÓNICAS DE LA TIERRA

PRÓLOGO

En las últimas décadas del siglo xx, la humanidad ha presenciado un aumento considerable, casi abrumador, de sus conocimientos. Los avances en todos los campos de la ciencia y de la tecnología ya no se miden en siglos, ni siquiera en décadas, sino en años e, incluso, en meses; y tenemos la sensación de haber sobrepasado en conocimientos y posibilidades todo lo que el hombre había conseguido en el pasado.

Pero, ¿es posible que la humanidad haya salido de las Épocas Oscuras y de la Edad Media, que haya llegado a la Era de la Ilustración y haya pasado por la Revolución Industrial, que haya entrado en la era de la alta tecnología, de la ingeniería genética y de los vuelos espaciales, simplemente para ponerse a la altura, en cuanto a conocimientos, del hombre de la antigüedad?

A lo largo de generaciones y generaciones, la Biblia y sus enseñanzas han servido de anclaje para una humanidad que buscaba, pero apareció la ciencia moderna y lo echó todo a rodar, especialmente en la confrontación entre Evolución y Creacionismo. En este volumen demostraremos que aquel conflicto no tenía ningún fundamento, y que en el Libro del Génesis y en sus fuentes se reflejan conocimientos científicos del más alto nivel.

Así pues, ¿es posible que lo que nuestra civilización está descubriendo hoy en día acerca del planeta Tierra y acerca de nuestro rincón del universo, de los cielos, no sea más que un drama que podría tener por título «El Génesis revisado», simplemente, el redescubrimiento de algo que ya conocía una civilización mucho más antigua, en la Tierra y en otro planeta?

No se trata de una cuestión de mera curiosidad científica, pues apunta al núcleo de la existencia de la humanidad, a sus orígenes

y a su destino. Involucra al futuro de la Tierra como planeta viable, y esto porque tiene que ver con acontecimientos del pasado de la Tierra; se introduce en el adonde vamos, porque revela de dónde venimos. Y, como veremos, las respuestas llevan a conclusiones inevitables, que unos consideran increíbles de aceptar, mientras otros se aterrorizan ante la idea de tener que afrontarlas.

1

LAS HUESTES DEL CIELO

En el principio

Dios creó el Cielo y la Tierra.

El concepto de un principio de todas las cosas es básico en la astronomía y en la astrofísica modernas. La idea de que había un vacío y un caos antes de que hubiera orden da forma a las últimas teorías que sostienen que el caos, y no la estabilidad permanente, rige el universo. Y, por otra parte, también está la idea del rayo de luz que dio comienzo al proceso de creación.

¿No sería ésta una referencia al Big Bang, la teoría según la cual el universo se creó a partir de una explosión primordial, un estallido de energía en forma de luz, que lanzó en todas direcciones la materia de la cual están formadas las estrellas, los planetas, las rocas y los seres humanos, creando las maravillas que vemos en los cielos y en la Tierra? Algunos científicos, inspirados por los atisbos de nuestra más inspirada fuente, así lo creen. Pero, entonces, ¿cómo pudo conocer el hombre de la antigüedad la teoría del Big Bang? ¿O trataría el relato bíblico de materias más cercanas a nosotros, de cómo se formó nuestro pequeño planeta, y de cómo se creó la zona celeste llamada el firmamento, o «brazaletes repujados»?

Es más, ¿cómo pudo forjar cosmogonía alguna el hombre de la antigüedad? ¿Qué sabía en realidad, y cómo lo había aprendido?

Lo más adecuado será que comencemos la búsqueda de respuestas allá donde los acontecimientos comenzaron a desplegarse: en los cielos; allá donde, también desde tiempos inmemoriales, el hombre ha sentido que podría encontrar sus orígenes y sus valores más altos (Dios, si lo prefiere usted así). Por estremecedores que resulten los descubrimientos que hemos llegado a hacer con el microscopio, lo que el telescopio nos ha permitido ver nos ha hecho percatarnos plenamente de la grandeza de la naturaleza y del universo. De todos los avances de los últimos tiempos, los más impresionantes han sido, sin ninguna duda, los descubrimientos hechos en los cielos que rodean

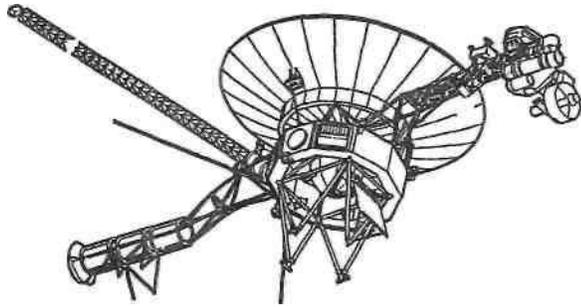


Figura 1

nuestro planeta. ¡Unos descubrimientos ciertamente asombrosos! En unas pocas décadas, nosotros, los terrestres, nos hemos remontado sobre la faz de nuestro planeta, hemos recorrido los cielos de la Tierra a centenares de kilómetros por encima de su superficie, hemos aterrizado en su solitario satélite, la Luna, y hemos enviado todo un ejército de naves espaciales no tripuladas para sondear a nuestros vecinos celestes, descubriendo mundos vibrantes y activos, deslumbrantes en colores, características, composición, satélites, anillos... Quizás por vez primera, podemos entender plenamente y sentir el alcance de las palabras del salmista:

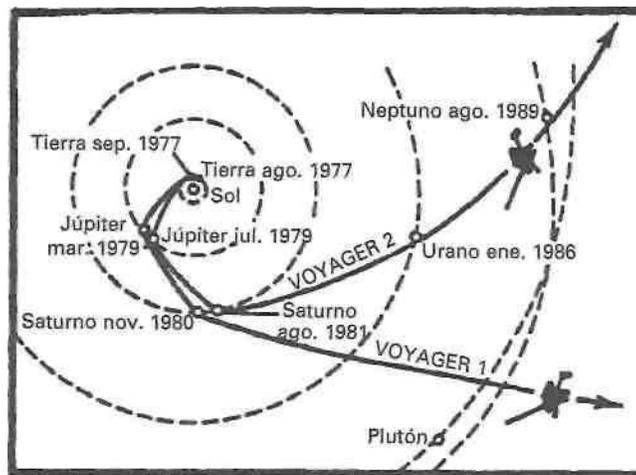
Los cielos hablan de la gloria del Señor y
la bóveda del cielo revela Su obra.

Toda una era de exploraciones planetarias llegó a su climax cuando, en agosto de 1989, una nave no tripulada, la *Voyager 2*, al pasar junto al lejano Neptuno, envió a la Tierra imágenes y datos. Con un peso de alrededor de una tonelada, pero ingeniosamente atestada de cámaras de televisión, equipos sensores y de medida, una fuente de energía nuclear, antenas de transmisión y diminutos ordenadores (Fig. 1), fue capaz de enviar a la Tierra sus débiles pulsaciones que, incluso a la velocidad de la luz, tardaron más de cuatro horas en llegar. En la Tierra, esas pulsaciones fueron capturadas por un ejército de radiotelescopios, los que conforman la *Deep Space Network* de la U. S. National Aeronautics and Space Administration (NASA);¹ más tarde,

1. (*N. del T.*): Red del Espacio Profundo de la Administración Nacional Aeronáutica y Espacial de los Estados Unidos.

mediante ingenios electrónicos, aquellas débiles señales se tradujeron en fotografías, mapas y otros tipos de datos en las sofisticadas instalaciones del Jet Propulsión Laboratory (JPL)² de Pasadena, California, que gestionaba el proyecto para la NASA.

Lanzado en agosto de 1977, doce años antes de que llevara a cabo su última misión, la visita a Neptuno, el *Voyager 2* y su compañero, el *Voyager 1*, habían sido pensados en un principio para llegar y explorar Júpiter y Saturno nada más, con el fin de acrecentar los datos de aquellos dos gigantes gaseosos obtenidos previamente con las naves no tripuladas *Pioneer 10* y *Pioneer 11*. Pero con un ingenio y unas habilidades fuera de lo común, los científicos y los técnicos del JPL se aprovecharon de un raro alineamiento de los planetas exteriores y, utilizando las fuerzas gravitacionales de estos planetas como «lanzadoras», se las ingeniaron para propulsar al *Voyager 2* primero desde Saturno a Urano y, luego, desde Urano a Neptuno (Fig. 2).



Fuente: Jet Propulsión Laboratory

Figura 2

Y así fue como, durante varios días de finales de agosto de 1989, los titulares de las noticias relacionadas con otro mundo dejaron a un lado a los de los conflictos armados, las agitaciones políticas, los

2. (N. del T.): Laboratorio de Propulsión a Chorro.

resultados deportivos y los informes del mercado que constituyen la relación cotidiana de la humanidad. Durante unos pocos días, el mundo al que llamamos Tierra se tomó un respiro para observar a otro mundo; nosotros, los terrestres, nos pegamos a nuestros televisores, estremeciéndonos ante las imágenes cercanas de otro planeta, aquel al que llamamos Neptuno.

Mientras en las pantallas de nuestros televisores aparecían las fascinantes imágenes de un globo de color aguamarina, los locutores insistían repetidamente en que ésta era la primera vez que el hombre en la Tierra había podido ver este planeta; un planeta que, incluso con el mejor de los telescopios situados en la Tierra, sólo es visible como un punto de luz mortecino en medio de la oscuridad del espacio, a más de 4.500 millones de kilómetros de nosotros. Los locutores recordaban a los telespectadores que Neptuno fue descubierto ya en 1846, después de que las perturbaciones en la órbita del cercano Urano indicaran la existencia de otro cuerpo celeste más allá de él. Y nos recordaron que nadie antes de entonces, ni Isaac Newton, ni Johannes Kepler, que entre uno y otro descubrieron y establecieron las leyes de los movimientos celestes en los siglos XVII y XXIII; ni Copérnico, que en el siglo XVI determinó que el Sol, y no la Tierra, estaba en el centro de nuestro sistema planetario; ni Galileo, que un siglo después utilizó un telescopio para anunciar que Júpiter tenía cuatro lunas; ni ningún gran astrónomo hasta mediados del siglo XIX, y sin duda nadie antes de esos tiempos, había sabido de la existencia de Neptuno. Y así, no sólo el telespectador medio, sino también los astrónomos mismos, estaban a punto de ver lo que no se había visto nunca antes; sería la primera vez que veríamos los colores y la textura de Neptuno.

Pero dos meses *antes* del encuentro de agosto, yo había escrito un artículo para diversas revistas mensuales de Estados Unidos, Europa y América del Sur, contradiciendo estas ideas largo tiempo sostenidas, diciendo que Neptuno ya *era* conocido en la antigüedad, y que los descubrimientos que estaban a punto de realizarse no harían más que confirmar los conocimientos de la antigüedad. ¡Predije que Neptuno sería de un color azul verdoso, que sería acuoso, y que tendría manchas de color de «vegetación cenagosa»!

Las señales eléctricas del *Voyager 2* confirmaron todo eso y más. Mostraron un hermoso planeta azul verdoso, aguamarina, envuelto en una atmósfera de gases de helio, hidrógeno y metano, barrido por arremolinados vientos de alta velocidad que hacían que los huracanes

de la Tierra pareciesen tímidos. Por debajo de su atmósfera, se veían unos gigantescos y misteriosos «borrones» de coloración a veces de un azul más oscuro, a veces de un amarillo verdoso, dependiendo quizás del ángulo de incidencia de la luz del Sol. Tal como se esperaba, las temperaturas de la atmósfera y de la superficie se hallaban por debajo del nivel de congelación pero, insospechadamente, resultó que Neptuno emitía calor desde su interior. En contra de lo que se había pensado previamente, de que Neptuno sería un planeta «gaseoso», el *Voyager 2* determinó que tenía un núcleo de roca sobre el cual flotaba, según las palabras de los científicos del JPL, «una mezcla pastosa de hielo acuoso». Esta capa acuosa, que circunda el núcleo rocoso a medida que el planeta gira en su día de dieciséis horas, actúa como un dinamo que genera un campo magnético notable.

Este hermoso planeta (véase Neptuno, página siguiente) resultó estar circundado por varios anillos compuestos de peñascos, rocas y polvo, y estar orbitado por al menos ocho satélites o lunas. De éstos, el mayor, Tritón, resultó ser no menos espectacular que su señor planetario. El *Voyager 2* confirmó el movimiento retrógrado de este pequeño cuerpo celeste (casi del tamaño de la Luna de la Tierra), que órbita a Neptuno en dirección opuesta a la de Neptuno y a la de todos los demás planetas conocidos de nuestro Sistema Solar: no en dirección contraria a las agujas del reloj, como lo hacen todos, sino en la dirección de las agujas del reloj. Además de su mera existencia, de su tamaño aproximado y de su movimiento retrógrado, los astrónomos no sabían nada más de Tritón. El *Voyager 2* reveló que se trataba de una «luna azul», apariencia resultante del metano de su atmósfera. La superficie de Tritón, vista a través de su fina atmósfera, mostraba una superficie gris rosada con rasgos accidentados y montañosos en un lado, y rasgos lisos, casi sin cráteres, por el otro. Los primeros planos sugerían una actividad volcánica reciente, pero de un tipo ciertamente extraño: lo que el calor interno activo de este cuerpo celeste arrojaba al exterior no era lava fundida, sino chorros de hielo medio derretido. Las evaluaciones preliminares indicaban que Tritón había tenido agua corriente en el pasado, incluso era bastante posible que hubiese tenido lagos hasta épocas relativamente recientes, en términos geológicos. Los astrónomos no disponían de una explicación inmediata para las «líneas rugosas dobles» que discurren en línea recta a lo largo de centenares de kilómetros y que, en uno o dos puntos, interseccionan en lo que parecen ser ángulos rectos, sugiriendo áreas rectangulares (Fig. 3).

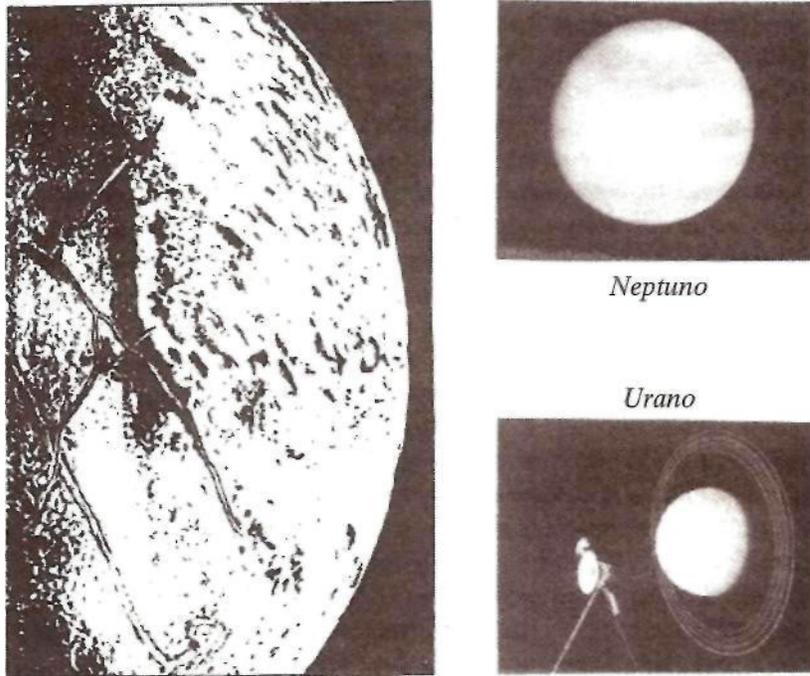


Figura 3

Así, estos descubrimientos confirmaron plenamente mis predicciones: que Neptuno es azul verdoso; que está compuesto en gran parte de agua; y que tiene manchas cuya coloración parece «vegetación cenagosa». Pero este inquietante aspecto puede estar habiéndonos de algo más que de una cuestión de color si se toman en consideración todas las implicaciones de los descubrimientos de Tritón: que «las manchas oscuras con halos brillantes» les sugieren a los científicos de la NASA la existencia de «profundas lagunas de lodo *orgánico*». Bob Davis informó desde Pasadena a *The Wall Street Journal* que Tritón, cuya atmósfera contiene tanto nitrógeno como la de la Tierra, quizás lanzara al exterior a través de sus volcanes activos no sólo gases y hielo acuoso, sino también «material orgánico, compuestos basados en el carbono que, al parecer, cubren parte de Tritón».

Esta gratificante y sobrecogedora corroboración de mis predicciones no fue el resultado de una simple adivinanza afortunada. Se

remonta a 1976, cuando se publicó *El 12º Planeta*, mi primer libro de la serie de las «Crónicas de la Tierra».³ Basándome en las conclusiones a las que había llegado a través de los milenarios textos sumerios, yo me había hecho una pregunta retórica: «Si algún día exploramos Neptuno, ¿descubriremos que su insistente asociación con las aguas se debe a las ciénagas» que una vez se vieron allí?

Esto se publicó, y obviamente se escribió, un año *antes* de que el *Voyager 2* fuera lanzado, y lo reafirmé en un artículo dos meses antes de su encuentro con Neptuno.

¿Cómo podía estar tan seguro, en vísperas del encuentro del *Voyager* con Neptuno, de que mis predicciones de 1976 iban a ser corroboradas? ¿Cómo tuve la osadía de exponerme al descrédito que hubiera supuesto que mis predicciones hubieran sido desmentidas a las pocas semanas de publicarse el artículo? Mi certeza se basaba en lo sucedido en enero de 1986, cuando el *Voyager 2* pasó junto al planeta Urano.

Urano, aunque algo más cerca de nosotros (se encuentra a «sólo» tres mil millones de kilómetros), está lo suficientemente lejos de Saturno como para que no podamos verlo desde la Tierra a simple vista. Lo descubrió en 1781 Frederick Wilhelm Herschel, un músico aficionado a la astronomía amateur, después de que el telescopio fuera perfeccionado. En la época de su descubrimiento, al igual que en nuestros días, se ha catalogado a Urano como el primer planeta desconocido en la antigüedad que se ha descubierto en tiempos modernos; pues, tal como se ha venido insistiendo, los pueblos de la antigüedad conocían y veneraban al Sol, la Luna y sólo cinco planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno), que creían que se movían alrededor de la Tierra en la «bóveda celeste», y que nada podía ser visto ni conocido más allá de Saturno.

Pero las evidencias reunidas por el *Voyager 2* en Urano demostraron lo contrario: ¡que hubo un tiempo en que determinado pueblo de la antigüedad sabía de Urano, y de Neptuno, e incluso del aún más lejano Plutón!

Los científicos están analizando todavía las fotografías y los datos de Urano y de sus asombrosas lunas, buscando respuesta a sus interminables enigmas. ¿Por qué descansa Urano sobre un costado, como si hubiera sido golpeado por otro gran objeto celeste en una colisión? ¿Por qué sus vientos soplan en dirección retrógrada, al revés de lo

3. (*N. del T.*) Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002



Lámina A

que es lo normal en el Sistema Solar? ¿Por qué tiene la misma temperatura en el lado oculto al Sol que en el lado que da al Sol? ¿Y qué pudo conformar las inusuales formaciones y accidentes de la superficie de alguna de las lunas de Urano? Especialmente intrigante es una de sus lunas llamada Miranda, «uno de los objetos más enigmáticos del Sistema Solar», en palabras de los astrónomos de la NASA; allí, hay una meseta elevada y llana que viene delineada por unas escarpas de más de 150 kilómetros de largo que forman un ángulo recto (una formación que los astrónomos han apodado «el Galón»), y donde, a ambos lados de esta meseta, se observan formaciones elípticas que parecen pistas de carreras aradas en surcos concéntricos (Lámina A y Fig. 4).

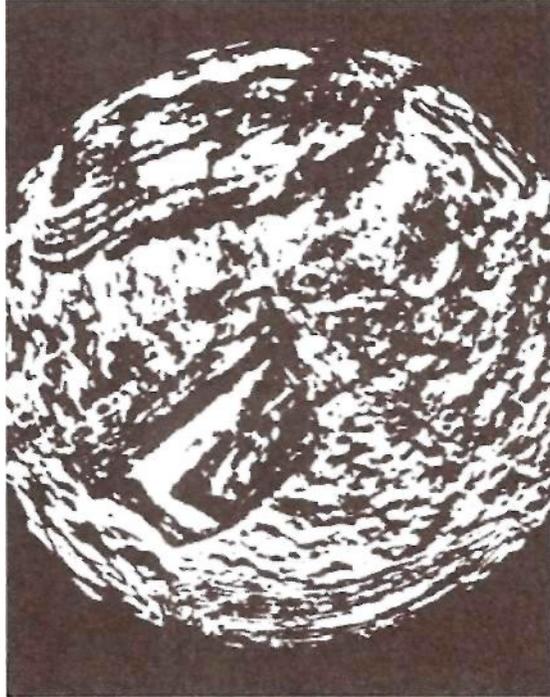


Figura 4

Sin embargo, hay dos fenómenos que destacan como los descubrimientos más importantes relativos a Urano, fenómenos que lo distinguen de los demás planetas. Uno de ellos es su color. Con la ayuda de los telescopios basados en la Tierra y de las naves no tripuladas, nos habíamos familiarizado con el marrón grisáceo de Mercurio, con la neblina de colores sulfurosos que envuelve a Venus, con el rojizo Marte, o con los múltiples tonos de rojo, marrón y amarillo de Júpiter y Saturno. Pero cuando, en 1986, comenzaron a aparecer en las pantallas de los televisores las impresionantes imágenes de Urano, su rasgo más impactante fue su *color verdoso azulado*, un color totalmente diferente del de los demás planetas vistos anteriormente (véase Urano, página 18).

El otro hallazgo inesperado que hacía diferente a Urano era el de su composición. Desafiando las suposiciones previas de los astrónomos, que sostenían que Urano era un planeta totalmente «gaseoso», al igual que los gigantes Júpiter y Saturno, el *Voyager 2* descubrió que

no estaba cubierto de gases, sino de *agua*, y no se trataba de una simple lámina de hielo congelado en su superficie, sino de un auténtico *océano de agua*.

Se encontró una atmósfera gaseosa que envuelve al planeta, es cierto; pero bajo ella se agita una inmensa capa (¡de casi 10.000 kilómetros de grosor!) «de agua supercaliente, a una temperatura de 4.400 grados», según los analistas del JPL. Esta capa de agua caliente, líquida, envuelve a un núcleo de roca fundida en el cual los elementos radiactivos (u otros procesos desconocidos) generan el inmenso calor interno.

Cuando las imágenes de Urano se agrandaron en las pantallas de los televisores, gracias a la aproximación del *Voyager 2* al planeta, el moderador del Laboratorio de Propulsión a Chorro llamó la atención sobre su extraño color verde azulado. No pude evitar decir a voz en grito: «¡Oh, Dios mío, es exactamente como lo describieron los sumerios!». Me precipité hacia mi despacho, agarré un ejemplar de *El 12º Planeta* y, con manos temblorosas, busqué la página 271 [en la edición española de Ediciones Obelisco]. Leí una y otra vez las líneas que citaban los textos antiguos. Sí, no había duda: aunque no tenían telescopios, los sumerios habían descrito a Urano como MASH.SIG, un término que yo había traducido como «verdoso brillante».

Pocos días después, llegaron los resultados de los análisis de los datos del *Voyager 2*, y las referencias sumerias al agua en Urano también se vieron corroboradas. De hecho, parecía haber agua por todas partes. Tal como se informó en un apasionante programa de la serie de televisión NOVA («El planeta que se volcó sobre su costado»), «el *Voyager 2* descubrió que todas las lunas de Urano están compuestas de roca y de hielo de agua ordinaria». Tal abundancia, o incluso la mera presencia, de agua en los supuestos planetas «gaseosos» y sus satélites en las fronteras del Sistema Solar era algo totalmente inesperado.

Pero ahí estaban las evidencias, presentadas en *El 12º Planeta*, de que los antiguos sumerios, en sus textos milenarios, no sólo tenían conocimiento de la existencia de Urano, ¡sino que lo habían descrito con total precisión, como un planeta acuoso y verde azulado!

¿Qué podía significar todo esto? Significaba que en 1986 la ciencia moderna no había descubierto algo que era desconocido; más bien, había redescubierto antiguos conocimientos y se había puesto al día respecto a ellos. Y, por tanto, fue debido a la corroboración en 1986 de lo que yo había escrito en 1976, es decir, fue debido a la veracidad de los textos sumerios, que yo encontrara la confianza suficiente

para predecir, en vísperas del encuentro del *Voyager 2* con Neptuno, lo que se iba a descubrir allí.

El paso del *Voyager 2* por Urano y Neptuno había confirmado, así pues, no sólo los conocimientos de la antigüedad referentes a estos dos planetas exteriores, sino también detalles cruciales relativos a ellos. El paso de 1989 por Neptuno proporcionó aún más corroboraciones de los textos antiguos. En ellos, se relacionaba a Neptuno antes de Urano, como sería de esperar de alguien que estuviera entrando en el Sistema Solar y viera, en primer lugar, a Plutón, luego a Neptuno y, después, a Urano. En estos textos o listas planetarias, a Urano se le llamaba *Kakkab shanamma*, «Planeta Que Es el Doble» de Neptuno. Y los datos del *Voyager 2* vienen a dar apoyo a esta antigua idea. Urano es, ciertamente, parecido a Neptuno en tamaño, color y contenido de agua; ambos planetas están circundados por anillos y están orbitados por una multitud de satélites o lunas. Pero también se ha encontrado una similitud en lo referente a los campos magnéticos de los dos planetas: ambos tienen una inclinación inusualmente extrema en relación con los ejes de rotación de los demás planetas (58° en Urano, 50° en Neptuno). «Neptuno parece ser casi un gemelo magnético de Urano», dijo John Noble Wilford en *The New York Times*. Los dos planetas son también similares en la longitud de sus días: ambos de dieciséis o diecisiete horas de duración.

Los feroces vientos de Neptuno y la capa de agua helada pastosa de su superficie atestiguan el gran calor interno que genera el planeta, al igual que Urano. De hecho, los informes del JPL dicen que las lecturas iniciales de temperatura indicaban que «las temperaturas de Neptuno son similares a las de Urano, que está más de 1.500 millones de kilómetros más cerca del Sol». De ahí que los científicos supusieran que Neptuno genera más calor interno del que genera Urano», compensando así su mayor distancia al Sol para conseguir las mismas temperaturas que genera Urano, y añadiendo así un detalle más «al tamaño y a otras características que hacen de Urano un gemelo cercano de Neptuno».

«Planeta que es el doble», decían los sumerios de Urano al compararlo con Neptuno. El «tamaño y otras características hacen de Urano un gemelo cercano de Neptuno», dijeron los científicos de la NASA. No sólo son similares las características descritas, sino también la terminología: «planeta que es el doble»-«un gemelo cercano de Neptuno». Pero una de estas declaraciones, la sumeria, se hizo hacia el 4000 a.C, y la otra, la de la NASA, en 1989 d.C, casi 6.000 años después...

En el caso de estos dos lejanos planetas, parece que la ciencia moderna no ha hecho más que ponerse al día con respecto a los conocimientos de la antigüedad. Parece increíble, pero los hechos hablan por sí mismos. Además, éste es sólo el primero de una serie de descubrimientos científicos que se han realizado en los últimos años, desde la publicación de *El 12º Planeta*, que vienen a corroborar de un modo u otro los hallazgos propuestos en esa obra.

Aquellos que han leído mis libros {*La Escalera al Cielo, Las Guerras de los Dioses y los Hombres y Los Reinos Perdidos, que siguieron a El 12º Planeta*}⁶, saben que se basan, en primer lugar y principalmente, en los conocimientos que nos dejaron los sumerios.

Suya fue la primera civilización conocida. Apareció de repente, aparentemente de la nada, hace 6.000 años, y se le atribuyen la práctica totalidad de «primeros» descubrimientos de una alta civilización: invenciones e innovaciones, conceptos y creencias que conforman los fundamentos de nuestra propia cultura occidental y de todas las civilizaciones y culturas de la Tierra. La rueda y los vehículos de tracción animal; embarcaciones fluviales y barcos marinos; el horno, el ladrillo y elevados edificios; la escritura, las escuelas y los escribas; leyes, jueces y jurados; la realeza y los consejos ciudadanos; la música, la danza y el arte; la medicina y la química; el tejido y las telas; la religión, los sacerdocios y los templos; todo eso comenzó allí, en Sumer, una nación que

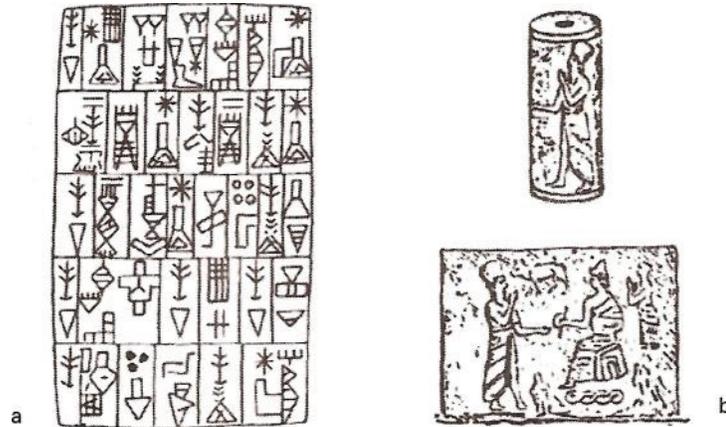


Figura 5.4. {N. del T.} Todos

ellos publicados por Ediciones Obelisco.



Lámina B

se extendió por el sur de lo que hoy día conocemos como Iraq, en la antigua Mesopotamia. Pero, por encima de todo, también tuvo su inicio allí el conocimiento de las matemáticas y la astronomía.

De hecho, todos los elementos básicos de la astronomía moderna tienen un origen sumerio: el concepto de una esfera celestial, de un horizonte y un cenit, de la división del círculo en 360 grados, de la banda celeste en la cual los planetas orbitan al Sol, de la agrupación de estrellas en constelaciones y el dar nombres e imágenes a lo que llamamos el zodiaco, de la aplicación del número 12 a este zodiaco y de las divisiones del tiempo, y del diseño de un calendario que constituye la base de los calendarios hasta nuestros días. Todo eso y mucho, mucho más se originó en Sumer.

Los sumeros llevaban registros de sus transacciones comerciales y legales, y plasmaron por escrito sus relatos y sus historias sobre tablillas de arcilla (Fig. 5a); hacían ilustraciones sobre sellos cilíndricos, en los cuales la imagen se tallaba invertida, como un negativo fotográfico, para que apareciera en positivo cuando se hiciera rodar el sello sobre la arcilla húmeda (Fig. 5b). En las ruinas de las ciudades sumerias excavadas por los arqueólogos del último siglo y medio, centenas, si no miles, de los textos e ilustraciones encontrados tenían que ver con la astronomía. Entre ellos, hay listas de estrellas y constelaciones en sus ubicaciones celestes correctas, y manuales para observar la salida y el ocaso de estrellas y planetas. Hay textos que tratan concretamente del Sistema Solar. Hay textos entre las tablas desenterradas que hacen una relación de los planetas que orbitan al

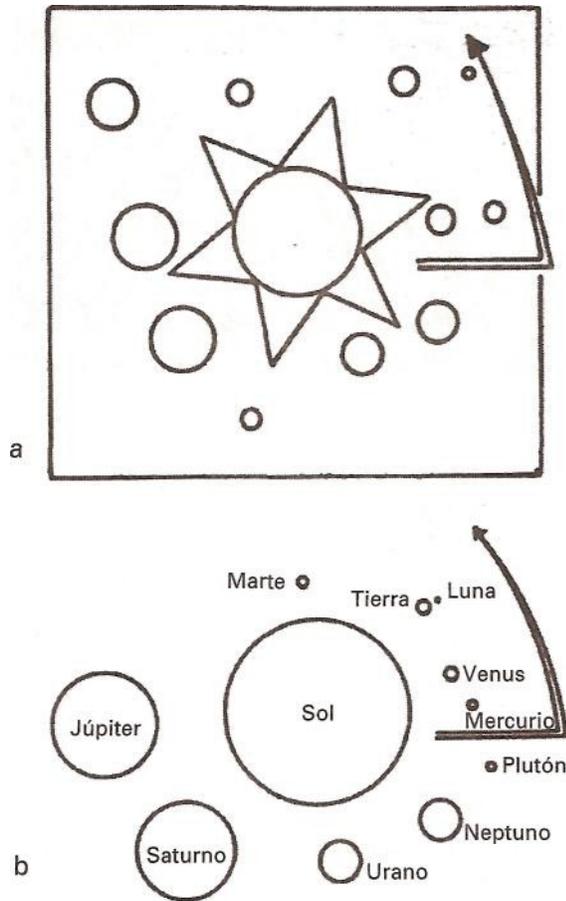


Figura 6

Sol en su orden correcto; e incluso uno de estos textos da las distancias entre los planetas. Y hay ilustraciones sobre sellos cilindricos que representan el Sistema Solar, como el que aparece en la Lámina B, que tiene al menos 4.500 años de antigüedad y que se conserva en la Sección de Oriente Próximo del Museo Estatal de Berlín Oriental, catalogado con el número VA/243.

Si hacemos un dibujo de la ilustración que aparece en la esquina superior izquierda de la representación sumeria (Fig. 6a), veremos un Sistema Solar completo en cuyo centro se halla el Sol (¡no la Tierra!), orbitado por todos los planetas que conocemos en la actualidad. Pero

esto aún queda más claro cuando dibujamos los planetas conocidos alrededor del Sol en sus tamaños relativos y en su orden correcto (Fig. 6b). La similitud entre esta representación de la antigüedad y la actual es sorprendente; y no ofrece dudas acerca de los gemelos Urano-Neptuno en la antigüedad.

Sin embargo, esta representación sumeria también muestra algunas diferencias. Y no es que el artista se equivocara o estuviera mal informado; al contrario, las diferencias (dos de ellas) son muy significativas.

La primera diferencia tiene que ver con Plutón. Plutón tiene una órbita muy extraña, demasiado inclinada sobre el plano común (llamado la Eclíptica) en el cual orbitan al Sol los demás planetas; y, además, tiene una órbita tan elíptica que hay ocasiones en que Plutón (como en el presente y hasta 1999)⁵ no se encuentra más lejos, sino más cerca del Sol que Neptuno. De ahí que los astrónomos hayan especulado, ya desde su descubrimiento en 1930, sobre la posibilidad de que Plutón fuera en sus orígenes un satélite de otro planeta; la suposición habitual es la de que fue una luna de Neptuno que «por algún motivo» (a nadie se le ocurre cuál) se soltó de Neptuno y obtuvo una órbita independiente, aunque singular, alrededor del Sol.

Y esto se ve confirmado en la antigua representación, pero con una diferencia significativa. En la representación sumeria, a Plutón no se le muestra junto a Neptuno, sino entre Saturno y Urano. Y los textos cosmológicos sumerios, de los cuales trataremos en profundidad, dicen que Plutón fue un satélite de Saturno que se soltó para, poco a poco, alcanzar su propio «destino», su órbita independiente alrededor del Sol.

La explicación de la antigüedad referente al origen de Plutón no sólo revela unos conocimientos basados en hechos reales, sino que también muestra una elevada sofisticación en materias celestes. Supone una elevada comprensión de las fuerzas complejas que dieron su forma al Sistema Solar, así como el desarrollo de unas teorías astrofísicas por las cuales una luna se pudiera convertir en un planeta o un planeta pudiera terminar siendo una luna. Según la cosmogonía sumeria, a Plutón le ocurrió esto; y nuestra Luna, que estaba en proceso de convertirse en un planeta independiente, terminó como satélite nuestro a causa de determinados acontecimientos celestes.

5. (*N. del T.*)\ No hay que olvidar que el libro fue escrito con anterioridad a octubre de 1990.

Pero los astrónomos modernos dejaron la especulación para pasar a la convicción de que tales procesos tuvieron lugar en nuestro Sistema Solar después de que las observaciones de las naves espaciales *Pioneer* y *Voyager* determinaran en la última década que Titán, la luna más grande de Saturno, fue un planeta que no llegó a culminar su despegue del gigante anillado. Y los descubrimientos en Neptuno reforzaron la especulación opuesta en lo referente a Tritón, la luna de Neptuno, que es sólo 650 kilómetros más pequeña en diámetro que nuestra Luna. Su peculiar órbita, su vulcanismo y otros detalles particulares han sugerido a los científicos del JPL lo que el científico jefe del proyecto «Voyager», Edward Stone, expresó del siguiente modo: «Tritón pudo ser un objeto que estuvo navegando por el Sistema Solar durante varios miles de millones de años, hasta que se acercó demasiado a Neptuno, cayó bajo su campo gravitatorio y comenzó a orbitar al planeta».

¿Acaso está muy lejos esta hipótesis de la idea sumeria de que las lunas planetarias se podían convertir en planetas, que podían cambiar posiciones celestes o que no llegaron a alcanzar una órbita independiente? Ciertamente, a medida que vayamos exponiendo la cosmogonía sumeria, irá quedando claro que muchos de los descubrimientos modernos no sólo son meros redescubrimientos de conocimientos de la antigüedad, sino que, además, estos conocimientos antiguos siguen ofreciendo explicaciones para muchos fenómenos que la ciencia moderna ni siquiera ha llegado a entender.

Pero antes de todo esto, antes de que se presente el resto de las evidencias que sustentan esta afirmación, es inevitable que se plantee una pregunta: ¿cómo pudieron saber todo eso los sumerios hace tanto tiempo, en los albores de la civilización?

La respuesta se halla en la segunda diferencia que existe entre la representación sumeria del Sistema Solar (Fig. 6a) y lo que sabemos actualmente de éste (Fig. 6b). Y es la inclusión de un gran planeta en el espacio vacío entre Marte y Júpiter. Nosotros no tenemos constancia de que haya ningún planeta en ese lugar, pero los textos cosmológicos, astronómicos e históricos de los sumerios insisten en que existe un planeta más en nuestro Sistema Solar, su duodécimo miembro: el Sol, la Luna (que contaba como un cuerpo celeste por derecho propio, por razones expuestas en los textos) y diez, no nueve, planetas. El descubrimiento de este planeta en los textos sumerios, donde recibe el nombre de NIBIRU («Planeta del Cruce»), un planeta que ni es Marte ni Júpiter, como algunos expertos han debatido, sino otro planeta que

pasa entre ellos cada 3.600 años, es lo que dio título a mi primer libro, *El 12º Planeta*, ese «duodécimo miembro» del Sistema Solar (aunque técnicamente, como planeta, sea el décimo).

Los textos sumerios repiten insistentemente que fue desde ese planeta de donde los ANUNNAKI vinieron a la Tierra. Este término significa literalmente «Los Que del Cielo a la Tierra Vinieron». En la Biblia, se habla de ellos como de los *Anakim*, y en el capítulo 6 del Génesis se les llama también *Nefilim*, que en hebreo significa lo mismo: Los Que Han Bajado de los Cielos a la Tierra.

Y, como anticipándose a nuestras preguntas, los sumerios nos dicen que fue de los Anunnaki de los que aprendieron todo lo que sabían. Así, los avanzados conocimientos que encontramos en los textos sumerios son, en efecto, conocimientos de los que estaban en posesión los Anunnaki que vinieron desde Nibiru; y la suya debió ser una civilización muy avanzada, puesto que, según mis conjeturas sobre los textos sumerios, los Anunnaki llegaron a la Tierra hace unos 445.000 años. Ya entonces podían viajar por el espacio. La enorme órbita elíptica de su planeta hizo un lazo (ésta es la traducción exacta del término sumerio) en torno a los planetas exteriores, convirtiéndolo en un observatorio móvil desde el cual los Anunnaki podían investigar todos esos planetas. No es de extrañar pues que lo que estamos conociendo ahora ya fuera conocido en tiempos de los sumerios.

Pero, ¿por qué alguien se iba a molestar en venir a esta motita de materia a la que llamamos Tierra, no por accidente, no por casualidad, no una vez, sino una y otra vez cada 3.600 años? Ésa es una pregunta a la cual dan respuesta los textos sumerios. En su planeta, Nibiru, los Anunnaki/Nefilim se tuvieron que enfrentar a una situación que nosotros, en la Tierra, puede que tengamos que afrontar en breve: el deterioro ecológico estaba haciendo cada vez más difícil la vida en el planeta. Era necesario proteger su cada vez más débil atmósfera, y la única solución parecía ser la de suspender partículas de oro en sus capas más altas, a modo de escudo. (Las ventanillas de las naves espaciales norteamericanas, por ejemplo, están cubiertas con una fina capa de oro para proteger a los astronautas de las radiaciones.) Los Anunnaki descubrieron este raro metal en lo que ellos llamaban el Séptimo Planeta (contando desde fuera hacia dentro), y lanzaron la Misión Tierra con el fin de obtenerlo. Al principio, intentaron conseguirlo sin esfuerzo en las aguas del Golfo Pérsico; pero esta idea fracasó y, entonces, se embarcaron en unas durísimas operaciones de minería en el sudeste de África.

Hace unos 300.000 años, los Anunnaki asignados a las minas de África se amotinaron. Fue entonces cuando el científico jefe y la oficial médico jefe de los Anunnaki utilizaron la manipulación genética y las técnicas de fertilización in-vitro para crear «trabajadores primitivos», los primeros *Homo sapiens*, con el fin de que se encargaran del extenuante trabajo de las minas de oro.

En *El 12° Planeta*, se trata extensamente de los textos sumerios donde se nos cuentan todos estos acontecimientos y de su versión condensada en el Libro del Génesis. Pero los aspectos científicos de estos avances y de las técnicas que emplearon los Anunnaki constituyen el tema de este libro. Tal como se mostrará, la ciencia moderna está dejando un asombroso reguero de avances científicos, pero el camino hacia el futuro está repleto de indicadores, de conocimientos y de avances del pasado. Los Anunnaki estaban ahí desde mucho antes y, cuando las relaciones entre ellos y los seres que habían creado cambiaron, cuando decidieron darle la civilización a la humanidad, nos impartieron algunos de sus conocimientos y la capacidad para realizar nuestros propios avances científicos.

Entre los avances científicos de los que hablaremos en los siguientes capítulos, se hallarán las cada vez mayores evidencias sobre la existencia de Nibiru. Si no fuera por *El 12° Planeta*, el descubrimiento de Nibiru sería un gran acontecimiento astronómico, pero no más importante en nuestra vida cotidiana que, pongamos, el descubrimiento de Plutón en 1930. Fue agradable saber que el Sistema Solar tenía un planeta más «ahí afuera», y sería igualmente gratificante confirmar que la cuenta planetaria no es de nueve, sino de diez planetas; esto sería especialmente confortante para los astrólogos, que necesitan doce cuerpos celestes, y no sólo once, para sus doce casas del zodiaco.

Pero tras la publicación de *El 12° Planeta* y de las evidencias que se plantean en él (que no han sido refutadas desde su primera edición, en 1976), y con las evidencias aportadas desde entonces por los avances científicos, el descubrimiento de Nibiru ya no puede ser una cuestión que tenga que ver sólo con los libros de texto de astronomía. Si lo que yo escribí en ese libro es así, es decir, si los sumerios estaban en lo cierto en lo que dejaron registrado, el descubrimiento de Nibiru no sólo iba a significar que hay un planeta más «ahí afuera», sino que hay vida «ahí afuera». Además, confirmaría que *hay seres inteligentes ahí afuera*, personas tan avanzadas que, hace casi medio millón de años, podían viajar por el espacio; personas que iban y venían entre su planeta y la Tierra cada 3.600 años.

Lo que puede provocar una sacudida en los órdenes político, religioso, social, económico y militar existentes en la Tierra es *quién* está ahí afuera, en Nibiru, y no sólo su existencia. La cuestión no estriba en *si* tendrá repercusiones el descubrimiento de Nibiru, sino en *qué* repercusiones tendrá.

Y ésta es una pregunta que, se crea o no, ya está siendo ponderada.

MINERÍA DE ORO... ¿DESDE CUÁNDO?

¿Existen evidencias de que haya habido minería en el sur de África durante la Edad de Piedra? Los estudios arqueológicos indican que sí que la hubo.

Al darse cuenta de que los emplazamientos de antiguas minas abandonadas podían indicar dónde encontrar oro, la principal empresa minera de Sudáfrica, la Anglo-American Corporation, contrató arqueólogos en la década de 1970 con el fin de localizar estas minas de la antigüedad. Entre los informes publicados (en el boletín de la empresa, *Optima*), se detalla el descubrimiento en Suazilandia y en otros lugares de Sudáfrica de extensas áreas mineras con pozos de hasta 15 metros de profundidad. Los objetos de piedra y los restos de carbón permitieron datar a tres de aquellos lugares en los alrededores del 35000 a.C, 46000 a.C. y 60000 a.C. Los arqueólogos, y los antropólogos que se les unieron en la datación de los hallazgos, llegaron a la conclusión de que la tecnología minera se utilizó en el sur de África «durante gran parte del período posterior al 100000 a.C.»

En septiembre de 1988, un equipo internacional de físicos llegó a Sudáfrica para verificar la edad de los hábitats humanos en Suazilandia y Zululandia. Las técnicas más modernas indicaron una edad de entre 80.000 y 115.000 años.

Respecto a las minas de oro más antiguas de Monotapa, en el sur de Zimbabue, las leyendas zulúes sostienen que en ellas trabajaron «esclavos de carne y sangre creados artificialmente por el Primer Pueblo». Estos esclavos, dicen las leyendas zulúes, «entablaron combate con el Hombre-Simio» cuando «la gran estrella de la guerra apareció en el cielo» (véase *Indaba My Children*, del hombre-medicina zulú Credo Vusa-mazulu Mutwa).

LLEGÓ DEL ESPACIO EXTERIOR

«Fue el [proyecto] Voyager el que nos hizo prestar atención a la importancia de las colisiones», reconoció Edward Stone, del California Institute of Technology (Caltech),⁶ científico jefe del programa Voyager. «Los choques cósmicos fueron potentes escultores del Sistema Solar.»

Y lo mismo dejaron claro los sumerios, 6.000 años antes, pues como punto central de su cosmogonía, de su visión del mundo y de su religión tuvieron un acontecimiento catastrófico al que dieron por nombre la Batalla Celestial. Es un acontecimiento del cual se encuentran referencias en diversos textos, himnos y proverbios sumerios, al igual que en algunos libros de la Biblia, como los de los Salmos, Proverbios, Job y otros. Pero los sumerios describieron este acontecimiento con todo detalle, paso a paso, en un largo texto que precisó de siete tablillas. Del original sumerio sólo se han encontrado fragmentos y citas; el texto más completo nos ha llegado en acadio, la lengua de los asirios y los babilonios, que sucedieron a los sumerios en Mesopotamia. Este texto trata de la formación del Sistema Solar antes de la Batalla Celestial, así como de la naturaleza, las causas y las consecuencias de tan terrorífica colisión. Y, con una simple premisa cosmogónica, explica enigmas que todavía desconciertan a nuestros astrónomos y astrofísicos.

Pero lo que aún es más importante: cada vez que estos científicos modernos aparecen con una respuesta satisfactoria, ¡da la casualidad de que encaja con la explicación sumeria y la corrobora!

Hasta los descubrimientos del Voyager, la visión científica imperante consideraba que el Sistema Solar había tomado la forma en la

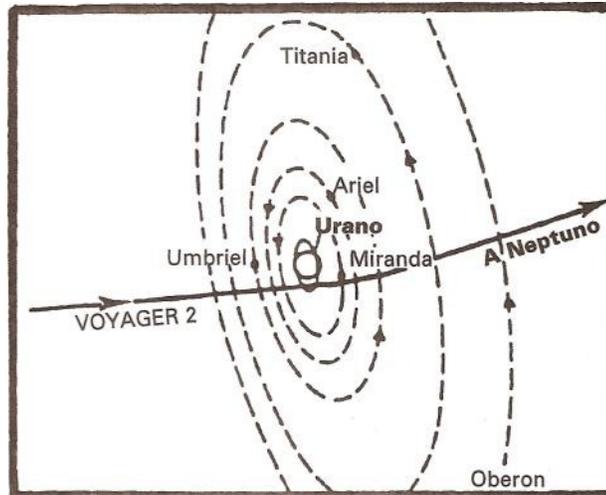
6. (N. del T.): Instituto de Tecnología de California.

cual lo vemos hoy en día poco después de su origen, conformado por las leyes inmutables de movimientos celestes y por la fuerza de la gravedad. Había habido chiflados, con toda seguridad meteoritos, que habían llegado de algún otro lugar para colisionar con los miembros estables del Sistema Solar, marcándolos con cráteres, y cometas que pasaban zumbando en órbitas muy alargadas, apareciendo de pronto y desapareciendo en la nada. Pero se suponía que estos casos de escombros siderales se remontaban a los inicios del Sistema Solar, hace unos 4.500 millones de años, y que eran trozos de materia planetaria que no habían conseguido adherirse a los planetas, a sus lunas o a sus anillos. Un poco más desconcertante resultaba el cinturón de asteroides, una franja de rocas que forma una cadena orbital entre Marte y Júpiter. Según la ley de Bode, una regla empírica que explica por qué los planetas se formaron donde se formaron, debió de haber un planeta entre Marte y Júpiter de al menos dos veces el tamaño de la Tierra. ¿Acaso los escombros del cinturón de asteroides son los desechos de tal planeta? Una respuesta afirmativa se vería incomodada por dos problemas: la cantidad total de materia que hay en el cinturón de asteroides no conseguiría sumar la masa de tal planeta, y no existe una explicación plausible sobre qué pudo provocar la ruptura del hipotético planeta; y si hubo una colisión celeste, ¿cuándo, con qué y por qué? Los científicos no tienen respuestas.

Tras el paso por Urano en 1986, se hizo inevitable aceptar que tuvo que haber una o más colisiones importantes en el Sistema Solar que cambiaron su forma inicial, tal como admitió el doctor Stone. Ya sabíamos que Urano estaba inclinado sobre su costado desde antes del encuentro del *Voyager*; gracias a los telescopios y a otros instrumentos. Pero, ¿se conformó así desde un principio, o hubo alguna fuerza exterior (un encuentro o una fuerte colisión con otro gran cuerpo celeste) que provocara tal inclinación?

La respuesta la proporcionaría el *Voyager 2*, en un examen más detenido de las lunas de Urano. El hecho de que estas lunas den vueltas alrededor del ecuador de Urano *en su ladeada posición*, formando, todos juntos, una especie de diana frente al Sol (Fig. 7), hizo que los científicos se preguntaran si esas lunas estaban ahí en el momento del acontecimiento que lo ladeó todo, o si se formaron después del acontecimiento, quizás a partir de la materia arrojada por la fuerza de la colisión que inclinó a Urano.

La base teórica para la respuesta la enunció, entre otros, el doctor Christian Veillet, del Centre d'Études et des Recherches Geodyna-



Fuente: Jet Propulsión

Figura 7

miques de Francia,⁷ antes del encuentro con Urano. Si las lunas se formaron al mismo tiempo que Urano, la «materia prima» celeste a partir de la cual se aglomeraron debió condensar los materiales más pesados y más cercanos al planeta; así, las lunas interiores deberían estar compuestas de materiales más pesados y rocosos, y de finas capas de hielo, mientras que las lunas exteriores tendrían una combinación de materiales más ligeros (más agua y hielo, y menos rocas). Por el mismo principio de distribución de material en el Sistema Solar (una mayor proporción de materiales pesados más cerca del Sol y más materiales ligeros -en estado «gaseoso»- cuanto más lejos), las lunas de Urano deberían ser proporcionalmente más ligeras que las lunas de Saturno, por estar aquél más lejos del Sol que éste.

Pero los hallazgos revelaron todo lo contrario de lo que se esperaba. En el amplio resumen de informes sobre el encuentro con Urano, publicado por *Science* con fecha 4 de julio de 1986, un equipo de 40 científicos llegó a la conclusión de que las densidades de las lunas de Urano (salvo Miranda) «son significativamente más pesadas que las de los gélidos satélites de Saturno». Del mismo modo, los da-

7. (N. del T.): Centro de Estudios y de Investigaciones Geodinámicas.

tos del *Voyager 2* demostraron (de nuevo, en contra de lo que «debería haber sido») que las dos lunas interiores más grandes de Urano, Ariel y Umbriel, tienen una composición más ligera (gruesas capas de hielo; pequeños núcleos de roca) que las lunas exteriores Titania y Oberon, compuestas en su mayor parte por pesado material rocoso y finas capas de hielo.

Los hallazgos del *Voyager 2* no fueron las únicas pistas que sugirieron que las lunas de Urano no se habían formado al mismo tiempo que el planeta en sí, sino algún tiempo después, en circunstancias inusuales. Otro descubrimiento que desconcertó a los científicos fue que los anillos de Urano eran negros como la boca del lobo, «más negros que el carbón», y que estaban compuestos presumiblemente por «material rico en carbono, una especie de alquitrán primordial *llegado del espacio exterior*» (el énfasis es mío). Estos oscuros anillos, combados, ladeados, y «extraordinariamente elípticos», eran bastante diferentes de los simétricos brazaletes de partículas de hielo que circundan Saturno. Negras como la boca del lobo eran también las seis pequeñas lunas descubiertas en Urano, algunas de las cuales hacían el papel de «pastoras» en los anillos. La conclusión obvia fue que los anillos y estas lunas se formaron con los cascotes de un «violento acontecimiento del pasado de Urano». El científico adjunto del proyecto en el JPL, Ellis Miner, lo expresó de forma muy sencilla: «Es muy probable que llegara un intruso desde fuera del sistema de Urano y chocara con lo que debió de ser una luna grande, con la fuerza suficiente como para fracturarla».

Pero la teoría de una catastrófica colisión celeste, como el acontecimiento que podría explicar todos los fenómenos extraños de Urano, de sus lunas y de sus anillos, se vio potenciada con el descubrimiento de que los cascotes negros que forman los anillos de Urano circundan al planeta cada ocho horas, una velocidad que es dos veces la velocidad de revolución del propio planeta sobre su eje. Y esto plantea la pregunta siguiente: ¿cómo se les confirió tanta velocidad a los cascotes de los anillos?

Basándose en todos los datos precedentes, emergió la probabilidad de una colisión sideral como la única respuesta plausible. «Existen grandes posibilidades de que las condiciones de formación de los satélites se vieran afectadas por el acontecimiento que provocó la notable oblicuidad de Urano», declaró el equipo de cuarenta científicos. En palabras más sencillas, estaban queriendo decir que era sumamente probable que las lunas en cuestión se crearan como con-

secuencia de la colisión que volcó a Urano sobre su costado. Pero los científicos de la NASA fueron aún más audaces en sus conferencias de prensa. «Eso pudo hacerlo una colisión con algo del tamaño de la Tierra que viajara a alrededor de 65.000 kilómetros por hora», dijeron, especulando que probablemente tuvo lugar hace unos cuatro mil millones de años.

El astrónomo Garry Hunt, del Imperial College de Londres, lo resumió con nueve palabras: «Urano se llevó un golpe descomunal en sus principios». Pero ni en las ruedas de prensa ni en los largos informes escritos se hizo intento alguno por sugerir qué había sido ese «algo», de dónde había venido y cómo fue que colisionó, o golpeó, con Urano.

Para estas respuestas, tendremos que volver a los sumerios...

Antes de que volvamos desde los conocimientos obtenidos a finales de los setenta y a lo largo de los ochenta hasta lo que se sabía 6.000 años atrás, conviene que echemos un vistazo a un aspecto más del rompecabezas: ¿son las extrañezas de Neptuno el resultado de colisiones, o «choques», que nada tuvieron que ver con los de Urano, o fueron todos el resultado de un único acontecimiento catastrófico que afectó a todos los planetas exteriores?

Antes de que el *Voyager2* pasara junto a Neptuno, se creía que el planeta tenía sólo dos satélites: Nereo y Tritón. Se descubrió que Nereo tenía una órbita de lo más peculiar: estaba extrañamente inclinado con respecto al plano ecuatorial del planeta (hasta 28 grados) y era sumamente excéntrico, pues no órbita al planeta con un recorrido casi circular, sino con un recorrido muy alargado, que lo aleja hasta casi diez millones de kilómetros de Neptuno y lo trae en su fase más cercana hasta un millón y medio de kilómetros del planeta. Nereo, aunque de un tamaño que, por las reglas de la formación de los planetas, debería ser esférico, tiene una extraña forma, como un buñuelo torcido. Es brillante por un lado y negro como el carbón por el otro. Todas estas peculiaridades han llevado a Martha W. Schaefer y a Bradley E. Schaefer, en un importante estudio sobre el tema publicado en la revista *Nature* (2 de junio de 1987), a la conclusión de que «Nereo se aglomeró hasta convertirse en satélite alrededor de Neptuno o de otro planeta, y que tanto éste como Tritón fueron golpeados por algún gran cuerpo o planeta, con lo que adquirieron tan peculiares órbitas». Y Brad Schaefer añadió: «Imaginen un tiempo en que Neptuno tuviera un sistema de satélites normal, como el de Júpiter o el de Saturno;

y que, luego, entrara en el sistema un cuerpo enorme y lo trastocara todo».

El material oscuro que aparece en una de las caras de Nereo se podría explicar de alguna de las dos maneras posibles, pero ambas requieren de una colisión en la situación hipotética. O bien un impacto en uno de los lados del satélite barrió la capa superficial más oscura, dejando al descubierto materiales más luminosos por debajo de la superficie, o bien la materia oscura pertenecía al cuerpo que impactó y «se esparció en uno de los lados de Nereo». Esta última posibilidad es la más plausible, a tenor de lo que sugiere el descubrimiento, anunciado por el equipo del JPL el 29 de agosto de 1989, de que todos los satélites recién descubiertos por el *Voyager 2* en Neptuno (seis más) «son muy oscuros» y «todos tienen formas irregulares», incluso el satélite designado como 1989N1, cuyo tamaño normalmente lo habría hecho esférico.

Las teorías referentes a Tritón y a su órbita alrededor de Neptuno, alargada y retrógrada (en dirección de las manecillas del reloj), también invocan una colisión.

En vísperas del encuentro del *Voyager 2* con Neptuno, un equipo de científicos del Caltech (P. Goldberg, N Murray, P. Y. Longaretti y D. Banfield) postulaba en la prestigiosa revista *Science*: «Tritón fue capturado desde una órbita heliocéntrica», es decir, desde una órbita alrededor del Sol, «como resultado de una colisión con lo que entonces era uno de los satélites originales de Neptuno». En esta situación hipotética, el pequeño satélite de Neptuno «debió ser devorado por Tritón», pero la fuerza de la colisión debió ser tal que disipó la suficiente energía orbital de Tritón como para ralentizarlo y ser capturado por la gravedad de Neptuno. La otra teoría, según la cual Tritón fue desde sus orígenes un satélite de Neptuno, se demostró defectuosa en este estudio, e incapaz de soportar un análisis crítico.

Los datos recogidos por el *Voyager 2* a su paso por Tritón dieron soporte a esta conclusión teórica. También mostraron estar de acuerdo con otros estudios (como el de David Stevenson, del Caltech) que indicaban que el calor interno de Tritón y sus características de superficie se podían explicar únicamente mediante una colisión en la cual Tritón hubiese sido capturado por la gravedad de Neptuno.

«Pero, ¿de dónde vinieron los cuerpos que impactaron?», se preguntaba retóricamente Gene Shoemaker, uno de los científicos de la NASA, en el programa de televisión NOVA. Pero la pregunta quedó sin respuesta. Y tampoco se dio respuesta a la pregunta de si los cata-

clismos en Urano y en Neptuno fueron dos aspectos de un único acontecimiento o fueron incidentes inconexos.

Resulta gratificante, por no calificarlo de irónico, encontrar las respuestas a todos estos enigmas en los antiguos textos sumerios, y que todos los datos descubiertos o confirmados por el proyecto Voyager sostengan y corroboren las informaciones sumerias, así como la presentación y la interpretación que yo hiciera de ellas en *El 12º Planeta*.

Los textos sumerios hablan de un único acontecimiento, pero amplio. Estos textos explican más de lo que los astrónomos modernos han estado intentando explicar en lo referente a los planetas exteriores. Pero los textos antiguos también explican materias más cercanas, como las del origen de la Tierra, la Luna, el cinturón de asteroides y los cometas. Luego, los textos pasan a contar un relato que combina el credo de los creacionistas con la teoría de la evolución, un relato que ofrece una explicación más adecuada que las que ofrece cualquier teoría moderna sobre lo que sucedió en la Tierra y sobre el modo en que vinieron a ser el hombre y la civilización.

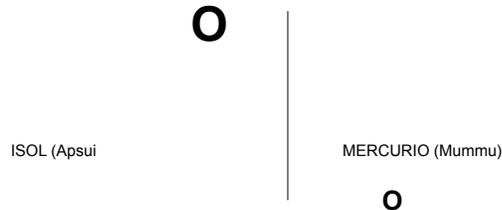
Todo comenzó, según los textos sumerios, cuando el Sistema Solar aún era joven. El Sol (APSU en los textos sumerios, que significa «El Que Existe desde el Principio»), su pequeño acompañante MUM. MU («El Que Nació», nuestro Mercurio) y, un poco más allá, TI. AMAT («Doncella de la Vida») fueron los primeros miembros del Sistema Solar; éste se expandió gradualmente con el nacimiento de tres parejas planetarias: los planetas que llamamos Venus y Marte, entre Mummu y Tiamat; la pareja gigante Júpiter y Saturno (por utilizar sus nombres modernos), más allá de Tiamat; y Urano y Neptuno, aún más lejos (Fig. 8).

En este Sistema Solar original, todavía inestable poco después de su formación (estimo que pudo ser hace cuatro mil millones de años), apareció un Invasor. Los sumerios le llamaron NIBIRU; los babilonios lo rebautizaron como *Marduk*, en honor a su dios nacional. Apareció desde el espacio exterior, desde «lo Profundo», tal como lo dice en los textos antiguos. Pero, con su aproximación a los planetas exteriores del Sistema Solar, comenzó a verse atraído hacia su interior. El primer planeta exterior en atraer a Nibiru con su campo gravitatorio fue Neptuno, E.A en sumerio («Aquel Cuya Casa Es el Agua»). «El que lo suscitó fue Ea», dice el texto antiguo.

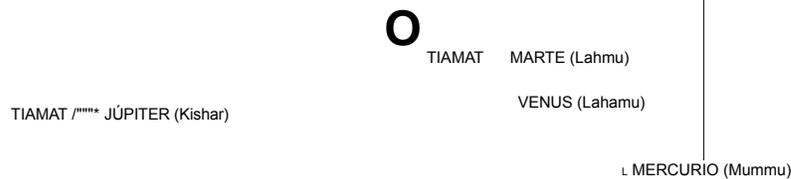
Ciertamente, Nibiru/Marduk era digno de contemplar; atractivo,

brillante, noble o señorial son algunos de los adjetivos que utilizaron para describirlo. Chispas y relámpagos salían de él hacia Neptuno y Urano a medida que pasaba junto a ellos. Pudo llegar con sus propios satélites orbitándole, o pudo quitárselos a los planetas exteriores como consecuencia de su atracción gravitatoria. El texto antiguo habla de sus «miembros perfectos... difíciles de percibir»: «cuatro eran sus ojos, cuatro sus oídos».

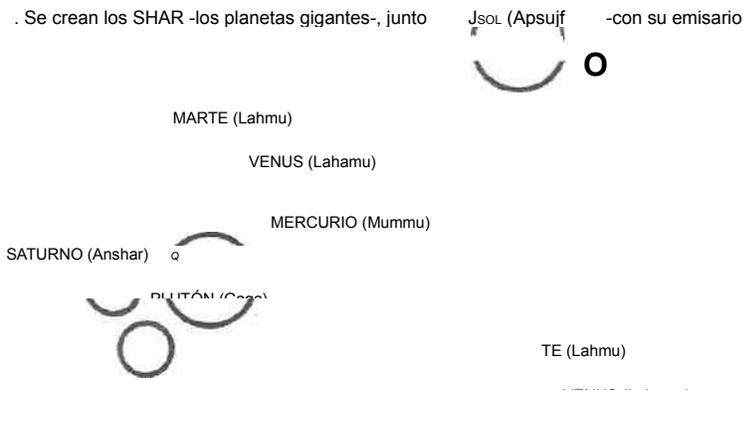
. Al Principio: Sol, Mercurio, Tiamat



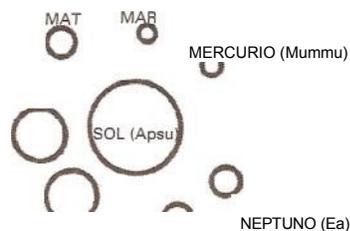
I** ji. Aparecen los Planetas Interiores -«los dioses en medio»



. Se crean los SHAR -los planetas gigantes-, junto Jsol (Apsujf) -con su emisario



•IV. Los dos últimos planetas se añaden -iguales entre sí JÚPITER (Kishar)



W

SATURNO (Anshar) 0 URANO (Anu)
PLUTÓN (Gaga)

Figura 8

Cuando pasó por las cercanías de Ea/Neptuno, a Nibiru/Marduk le salió una protuberancia en el costado, «como si tuviera una segunda cabeza». ¿Se separaría esa protuberancia, convirtiéndose en Tritón, la luna de Neptuno? Un detalle que nos lleva a sospecharlo seriamente es el hecho de que Nibiru/Marduk entrara en el Sistema Solar con una órbita retrógrada (en el sentido de las agujas del reloj), al revés que todos los demás planetas (Fig. 9). Sólo este detalle sume-rio, según el cual el planeta invasor se movía en contra del movimiento orbital de todos los demás planetas, puede explicar el movimiento retrógrado de Tritón, las órbitas extremadamente elípticas de otros satélites y cometas, y el resto de acontecimientos importantes que todavía tenemos que abordar.

Cuando Nibiru/Marduk pasó junto a *Anu /Urano*, se crearon más satélites. Al describir este tránsito por Urano, el texto dice que «Anu sacó y engendró a los cuatro vientos», una referencia tan clara como sería posible esperar a las cuatro lunas principales de Urano que, según sabemos ahora, se formaron durante la colisión que ladeó a Urano. Al mismo tiempo, nos enteramos en un pasaje posterior del mismo texto que Nibiru/Marduk obtuvo tres satélites como consecuencia de este encuentro.

Aunque, tras su captura en órbita solar, los textos sumerios nos dicen que Nibiru/Marduk volvió a visitar los planetas exteriores conformándolos poco a poco hasta el sistema que conocemos hoy en día, aquel primer encuentro nos da la explicación de los enigmas a los que se enfrentaba y todavía se enfrenta la astronomía moderna respecto a Neptuno, Urano, sus lunas y sus anillos.

Tras pasar junto a Neptuno y Urano, Nibiru/Marduk siguió introduciéndose en mitad del sistema planetario, al ser atraído por los inmensos campos gravitatorios de Saturno (AN.SHAR, «Primero de los Cielos») y Júpiter (KI.SHAR, «Primero de las Tierras Firmes»). Cuando Nibiru/ Marduk «se aproximó y se puso como en combate» cerca de Anshar/Saturno, los dos planetas «se besaron los labios». Fue entonces cuando el «destino», el recorrido orbital, de Nibiru/ Marduk cambió para siempre. Fue también entonces cuando el principal satélite de Saturno, GA.GA (con el tiempo, Plutón), se alejó en dirección a Marte y Venus, una dirección posible únicamente merced a la fuerza retrógrada de Nibiru/Marduk. Haciendo una enorme órbita elíptica, Gaga volvería con el tiempo a los suburbios del Sistema Solar. Allí, se «dirigió» a Neptuno y Urano al pasar sus órbitas en el vaivén. Fue el comienzo del proceso por el cual Gaga se convertiría en

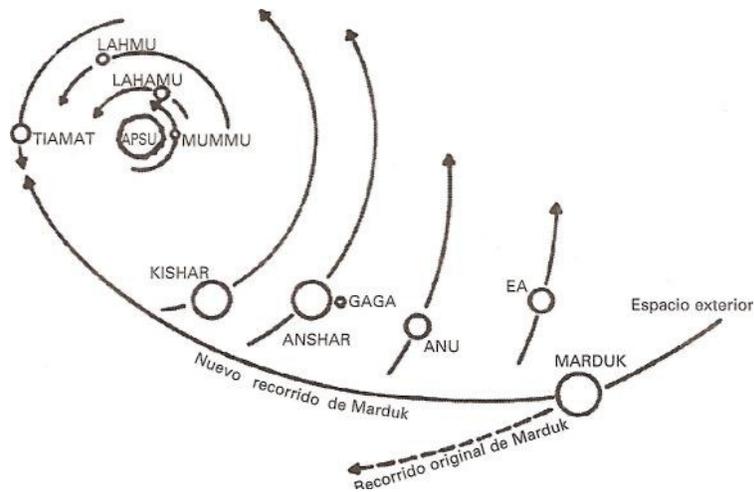


Figura 9

Plutón, con su peculiar órbita inclinada que, en ocasiones, lo introduce entre Neptuno y Urano.

El nuevo «destino», o recorrido orbital, de Nibiru/Marduk le llevaba ahora irrevocablemente hacia el antiguo planeta Tiamat. En aquellos tiempos, relativamente tempranos en la formación del Sistema Solar, éste estaba marcado por la inestabilidad, en especial (según nos dice el texto) en la región de Tiamat. Mientras los planetas más cercanos estaban todavía bamboleándose en sus órbitas, Tiamat era atraída en muchas direcciones, por parte de los dos gigantes que había más allá de ella, y por parte de los dos pequeños planetas que había entre ella y el Sol. Una consecuencia de ello había sido la expulsión de sí, o la reunión a su alrededor, de una «hueste» de satélites «furiosos y coléricos», en el lenguaje poético del texto (al cual los expertos llaman *La Epopeya de la Creación*). Estos satélites, «monstruos rugientes», estaban «revestidos de terror» y «coronados de aureolas», dando vueltas

furiosos y trazando sus órbitas como si fueran «dioses celestiales» (planetas).

Pero el más peligroso para la estabilidad o la seguridad del resto de planetas era el «líder de la hueste» de Tiamat, un gran satélite que había crecido hasta alcanzar casi el tamaño de un planeta, y que estaba a punto de obtener un «destino» independiente (su propia órbita alrededor del Sol). Tiamat «le lanzó un conjuro, para que se sentara

entre los dioses celestiales, lo exaltó». En sumerio, recibió el nombre de KIN.GU, «Gran Emisario».

Después, el texto levanta el telón del inminente drama; lo he narrado, paso por paso, en *El 12º Planeta*. Al igual que en una tragedia griega, la subsiguiente «batalla celestial» fue inevitable, pues las fuerzas gravitacionales y magnéticas entraron en juego inexorablemente, llevando a la colisión entre el recién llegado Nibiru/Marduk, con sus siete satélites («vientos» en el texto antiguo), y Tiamat y su «hueste» de once satélites, encabezados por Kingu.

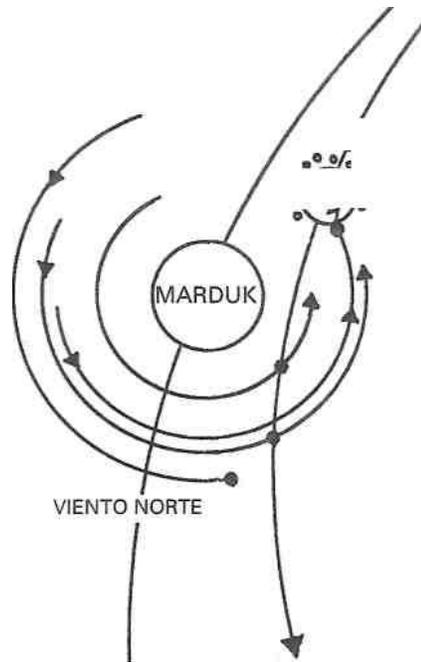
Aunque llevaban rumbo de colisión, Tiamat orbitando en dirección contraria a las agujas del reloj y Nibiru/Marduk en la dirección de las manecillas del reloj, los *planetas* no llegaron a chocar, algo que constituye un hecho de importancia cardinal en lo astronómico. Fueron los satélites, o «vientos» (significado literal sumerio: «Los que están al lado») de Nibiru/Marduk los que se estrellaron contra Tiamat y chocaron con sus satélites.

En el primero de estos encuentros (Fig. 10), la primera fase de la Batalla Celestial:

Los cuatro vientos apostó
para que nada de ella pudiera escapar:
el Viento Sur, el Viento Norte,
el Viento Este, el Viento Oeste.
Estrechó la red junto a él,
el regalo de su abuelo Anu, que había sacado
el Viento del Mal, el Torbellino y el Huracán...
Envió los vientos que había creado,
los siete; para turbar a Tiamat
se elevaron tras él.

Estos «vientos», o satélites, de Nibiru/Marduk, «los siete», fueron las principales «armas» con las que fue atacada Tiamat en la primera fase de la Batalla Celestial (Fig. 10). Pero el planeta invasor tenía además otras «armas»:

Delante de él puso el rayo,
con una llama abrasadora colmó su cuerpo;
después, hizo una red para envolver a Tiamat...
se rodeó la cabeza con un terrorífico halo,
se embozó en el manto de un impresionante terror.



TIAMAT
 •(\ O Kingu

Figura 10

Quando los dos planetas y sus ejércitos de satélites estuvieron lo suficientemente cerca para que Nibiru/Marduk pudiera «explorar el interior de Tiamat» y «percibir los planes de Kingu», Nibiru/Marduk atacó a Tiamat con su «red» (¿campo magnético?) para «envolverla», disparándole gigantescos rayos al viejo planeta («rayos divinos»). Tiamat «se colmó de resplandor», ralentizándose, calentándose, «se dilató». Amplias brechas se abrieron en su corteza, quizás emitiendo vapor y materias volcánicas. Luego, en una amplia fisura, Nibiru/Marduk lanzó a uno de sus grandes satélites, el llamado «Viento del Mal». Éste le abrió «el vientre» a Tiamat, «le atravesó las entrañas y le partió el corazón».

Además de resquebrajar a Tiamat y «extinguirle la vida», el primer encuentro selló el destino de las lunas que la orbitaban, todas salvo el planetario Kingu. Cautivos en la «red» (la atracción magnética y gravitatoria) de Nibiru/Marduk, los miembros de la «banda de Tiamat», «hechos añicos, despedazados», fueron arrojados de sus anteriores rumbos y forzados a seguir nuevas órbitas *en dirección opuesta*: «Temblando de miedo, volvieron sus espaldas».

Así se crearon los cometas. Así, nos dice este texto con 6.000 años de antigüedad, alcanzaron sus órbitas los cometas, órbitas enormemente elípticas y retrógradas. En cuanto a Kingu, el principal satélite de Tiamat, el texto nos dice que, en la primera fase de la colisión, a Kingu se le privó de su casi independiente órbita. Nibiru/Marduk le arrebató su «destino». Nibiru/Marduk convirtió a Kingu en DUG. GA.E, «una masa de arcilla sin vida», desprovista de atmósfera, de aguas y de material radiactivo, y disminuyó de tamaño; y «lo encadenó con grilletes», para que permaneciera en órbita de la malograda Tiamat.

Después de vencer a Tiamat, Nibiru/Marduk zarpó con su nuevo «destino». El texto sumerio no deja lugar a dudas de que el antiguo invasor quedó en órbita alrededor del Sol:

Cruzó los cielos e inspeccionó las regiones,
y midió la vecindad de Apsu;

el Señor las dimensiones del Apsu midió.

Después de circundar al Sol (Apsu), Nibiru/Marduk se alejó en el espacio. Pero, ahora, cautivo para siempre en la órbita solar, tenía que volver. A su regreso, Ea/Neptuno estuvo allí para recibirle y Anshar/Saturno aclamó su victoria. Después, su nueva órbita le llevó de nuevo a la escena de la Batalla Celestial, «volvió hasta Tiamat, a la que había herido».

El Señor se detuvo para ver su cuerpo sin vida.
Dividir al monstruo astutamente planeó.
Después, como un mejillón, la partió en dos.

Y, con esta acción, la creación del «cielo» alcanzó su etapa final, con el inicio de la creación de la Tierra y la Luna. En primer lugar, los nuevos impactos partieron a Tiamat en dos mitades. El satélite de Nibiru/Marduk llamado Viento Norte impactó sobre la parte superior de Tiamat, sobre su «cráneo»; el golpe la llevó, y con ella a Kingu, «hasta lugares que habían sido desconocidos», es decir, a una nueva órbita donde no había existido ningún planeta antes. ¡Así se crearon la Tierra y la Luna! (Fig. 11).

La otra mitad de Tiamat fue hecha pedazos por los impactos. Esta mitad, la inferior, su «cola», fue «repujada» hasta convertirla en un «brazalete» en los cielos:

Ensamblando las piezas,
 como guardianes los posicionó...
 Curvó la cola de Tiamat hasta formar la Gran Banda
 como un brazalete.

Así se creó «la Gran Banda», el cinturón de asteroides.

Después de quitarse de en medio a Tiamat y a Kingu, Nibiru/ Marduk volvió a «cruzar los cielos e inspeccionar las regiones». Esta vez, centró su atención en la «Morada de Ea» (Neptuno), dándole a aquel planeta y a su gemelo, Urano, su constitución final. Según este antiguo texto, Nibiru/ Marduk también le dio a Gaga/Plutón su «destino» final, asignándole «un lugar oculto», es decir, una parte de los cielos hasta entonces desconocida. Estaba más allá de donde se hallaba Neptuno; se nos dice que estaba «en lo Profundo», en el espacio

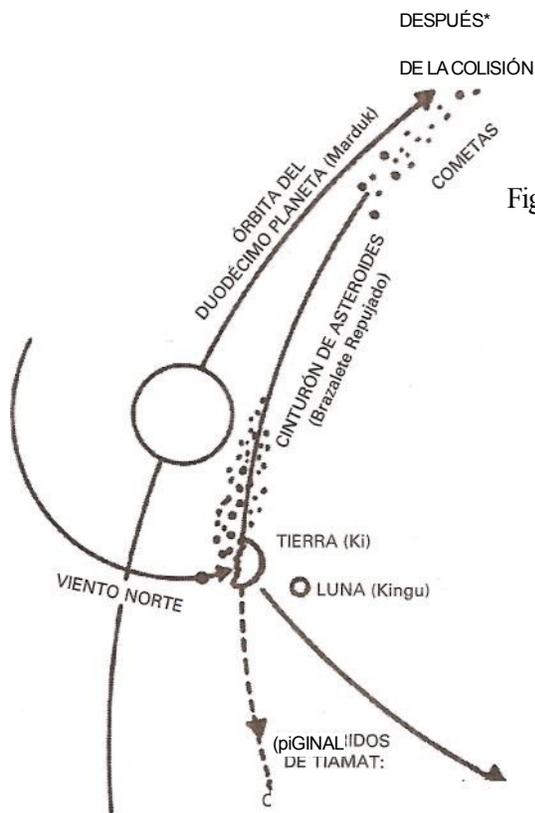


Figura 11

exterior. Pero, como correspondía a su nueva posición como planeta más alejado del Sol, se le concedió un nuevo nombre: US.MI, «El Que Muestra el Camino», el primer planeta con el que uno se encontraría al *entrar* en el Sistema Solar, es decir, yendo desde el espacio exterior hacia el Sol.

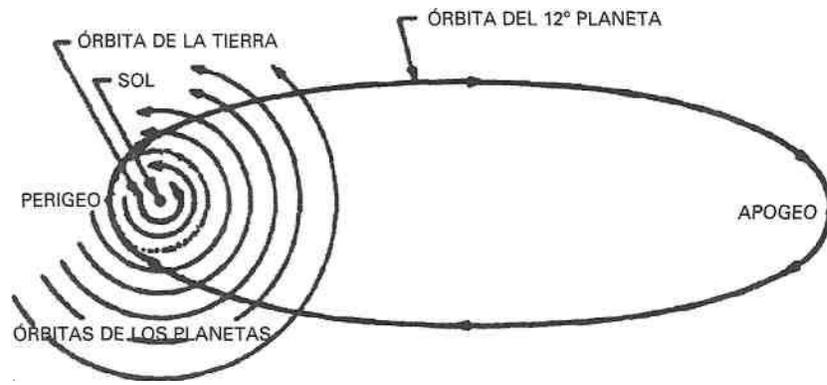
Así se creó Plutón, y se lo puso en la órbita que ahora mantiene.

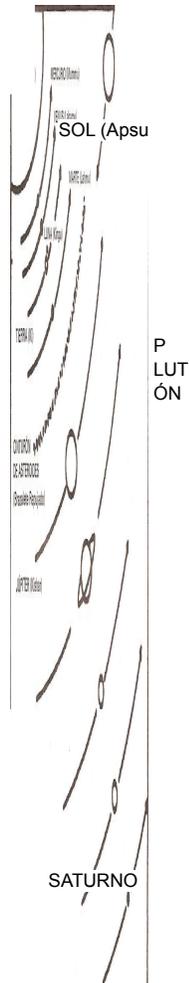
Así, habiendo «construido las estaciones» de los planetas, Nibiru/Marduk hizo dos «domicilios» para sí mismo. Uno de ellos estaba en el «Firmamento», como se le llamaba también al cinturón de asteroides en los textos antiguos; el otro, mucho más lejos, «en lo Profundo», y se le llamó «Domicilio Grande/Distante», alias E.SHARRA («Domicilio/Hogar del Gobernante/Príncipe»). Los astrónomos modernos llaman a estas dos posiciones planetarias el perigeo (punto orbital más cercano al Sol) y el apogeo (el más lejano) (Fig. 12). Es una órbita que, tal como concluí por las evidencias acumuladas en *El 12° Planeta*, precisa de 3.600 años terrestres para su recorrido.

Y así, el Invasor que llegó del espacio exterior se convirtió en el duodécimo miembro del Sistema Solar, un sistema constituido por el Sol en su centro, con su compañero de siempre, Mercurio, tres parejas antiguas (Venus y Marte, Júpiter y Saturno, Urano y Neptuno); la Tierra y la Luna, los restos de la gran Tiamat, aunque en una posición nueva; Plutón, recientemente independizado; y el planeta que le dio a todo su forma final, Nibiru/Marduk (Fig. 13).

La astronomía moderna y los más recientes descubrimientos sostienen y corroboran este relato milenario.

Figura 12





DUODÉCIMO
PLANETA

P
LUT
ÓN

SATURNO

URANO (Anu)
(Gaga)

NEPTUNO (Ea)
F
i

CUANDO LA **TIERRA** AÚN NO SE
HABÍA FORMADO

En 1766, J. D. Titius propuso (y en 1772, Johann Elert Bode popularizó) lo que se llegaría a conocer como «ley de Bode», que dice que las distancias planetarias siguen, más o menos, la progresión 0, 2, 4, 8, 16, etc., si se manipula esta fórmula multiplicando cada elemento por 3, sumándole 4 y dividiéndolo por 10. Utilizando como medida la unidad astronómica (UA), que es la distancia media entre la Tierra y el Sol, la fórmula indica que debió haber un planeta entre Marte y Júpiter (allí se encuentran ahora los asteroides) y un planeta más allá de Saturno (se descubrió Urano). La fórmula muestra derivaciones tolerables hasta que se llega a Urano, pero falla a partir de Neptuno.

Planeta	Distancia (UA)	Ley de Bode	
		Distancia	Desviación
Mercurio	0,387	0,400	3,4%
Venus	0,723	0,700	3,2%
Tierra	1,000	1,000	
Marte	1,524	1,600	5,0%
Asteroides	2,794	2,800	
Júpiter	5,203	5,200	
Saturno	9,539	10,000	4,8%
Urano	19,182	19,600	2,1%
Neptuno	30,058	38,800	36,3%
Plutón	39,400	77,200	95,9%

La ley de Bode, a la que se llegó empíricamente, utiliza de este modo la Tierra como punto de inicio aritmético. Pero, según la cosmogonía sumeria, al principio estaba Tiamat entre Marte y Júpiter, mientras que la Tierra aún no se había formado.

El doctor Amnon Sitchin ha señalado que, si a la ley de Bode se le quitan sus mecanismos aritméticos y se le deja sólo la progresión geométrica, la fórmula funciona a la perfección *si se omite a la Tierra*, confirmando así la cosmogonía sumeria:

Planeta	Distancia del Sol (millas)	Proporción de Incremento
Mercurio	36.250.000	—
Venus	67.200.000	1,85
Marte	141.700.000	2,10
Asteroides (T Amat)	260.400.000	1,84
Júpiter	484.000.000	1,86
Saturno	887.100.000	1,83
Urano	1.783.900.000	2,01